

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

¿QUE PASA EN ASIA?

ASIA Y LA BUROCRACIA

La simple experiencia de un viaje aéreo permite hablar de esta especie de satanismo que se ha adueñado de los asiáticos, hasta hacerlos delirantes personajes sin hambre y sin sueño atisbando el paso de los aviones por los aeropuertos. Ni bien la nave se ha posado avanzan ya, vestidos con los más pintorescos disfraces, turbantes, faldas, gorros, sombreros, las llamadas autoridades, que no son más que una serie de señores dispuestos por arte de la burocracia a ensombrecer el viaje de los mortales que caen en sus manos.

En la India, esto es un horror. El médico indaga las constancias de todas las vacunas que el viajero se ha tenido que introducir en el cuerpo: fiebre amarilla, cólera, tifus, viruela, y tras recorrer, en las constancias, la escala de las vacunas, pasa a un parcial examen, en los casos dudosos. A las quinientas, se salva el pasajero de las garras enguantadas del médico, asistido por otros, y entonces pasa a las de los policías encargados de revisar pasaportes y permisos: éstos, con lentitud y no siempre buenos modales, hacen sentir su autoridad a los recién llegados. Una tarjeta para pasar a otro comisario que vuelve a revisar el pasaporte, a tomar anotaciones, y luego de este comisario, a otro, y a otro, hasta que se obtiene —¿qué creerán ustedes?— una tarjeta en la que se lee en letras grandes: «Tránsito», pues todas aquellas penosas diligencias han sido sólo para

que el viajero permanezca a lo más tres cuartos de hora en el aeropuerto.

Hay que descender del avión, pues lo tienen que limpiar, desinfectar, ponerle el combustible, revisarlo, y en cada bajada, a lo largo de miles de kilómetros, se somete al pasajero a las mismas revisiones, molestias e interrogatorios, hasta hacer de aquellas personas que viajan por placer, algunas gastando fortunas, una manada de seres poco menos que indeseables, a los que se vigila de cerca, no se deja que se muevan en libertad, y sólo se les permite comprar, en pésimas ventas, objetos horribles para turistas.

La burocracia se ha amparado en Asia de los puertos aéreos, en una forma tal que raya con el delirio. Hemos dado el panorama normal de lo que pasa con los pasajeros de tránsito. No queráis saber lo que ocurre con aquellos que el avión deja en tierra. A médicos, autoridades policiales de tránsito, se añaden entonces aduaneros, representantes del fisco, para el asunto del cambio de las monedas. Hablando idiomas ininteligibles, el aduanero revisa con minuciosidad oriental, curiosidad infantil y afán de pescador de contrabandos, cuanto hay en los equipajes. El viajero pasa el sobresalto de no saber si alguna de las cosas que lleva para su uso personal, son prohibidas, y como no entiendo lo que el aduanero le habla, pasa un mal rato, y otro

no menos dificultoso, en lo de declarar cuánto dinero lleva, en qué lo lleva, si en billetes, monedas fuertes o cheques.

Pero este declarar cosas verbalmente y este registrar y registrar va acompañado de una música cuyas partituras son los múltiples papeles que hay que firmar. Aquí ya se toca al ridículo. Por ejemplo hay uno que entre las preguntas que contiene dice: «¿Qué edad tendrá usted en su próximo cumpleaños?». O esta otra: «¿Dónde estuvo usted hace un año, hace seis meses, hace tres meses, hace dos meses, hace un mes, hace quince días, hace una semana?». Y debe dejarse constancia que se trata de «turistas», de viajeros que llegan a visitar el país en vía de recreo o de vacaciones.

El avión acorta las distancias, pero en las mismas proporciones en que se emplean cada vez menos horas para ir de un punto a otro, la burocracia se encarga de poner barreras casi infranqueables, y en todo caso desagradabilísimas, en cada aeropuerto. En todas partes las hay, pero en Asia adquiere los más insospechados y repulsivos caracteres, porque los encargados de aplicar los reglamentos y leyes carecen de flexibilidad, y están más acostumbrados a cuidar atalayas guerreras.

Miguel Angel ASTURIAS
Premio Nobel

UNA APARICION DE PAUL MORAND

EL REGRESO DE LA VIRTUD

«¿PRESENCIAREMOS dentro de poco una revalorización literaria de la virtud?». Nunca se sabe, desde luego. Lo curioso, en todo caso, es que la pregunta procede nada menos que de Paul Morand. Este «monsieur» gozó de una cierta fama en sus buenos tiempos: confeccionaba novelas y reportajes con mucho «sleeping-car» y mucho hotel de primera, ligeritos y afables, que fueron muy leídos. Nadie se acuerda ya de él. Para mí, ha sido una sorpresa tropezar con su nombre en los diarios de París: le suponía difunto. Pero no: continúa sentado en su sillón de la Academia Francesa, y hasta se anima a pronunciar, de vez en cuando, algún discurso. Sin duda, a estas alturas es un vejedor alcantarado y lento. Su última aparición pública fue en una «séance» de «inmortales», de lo más típico del ramo: reparto de premios y perorata con tema obligado. Y el tema era la «virtud». El clásico «elogio de la virtud», laico y oficial, que tan a menudo se recita en las fiestas académicas a la antigua usanza. Y precisamente a cargo de Morand...

Quizá la anécdota no justifica una reacción de sarcasmo. Al fin y al cabo, los libros de Paul Morand tampoco se excedían en la frivolidad. Los que yo conozco eran relatos sencillamente anodinos, con unas gotas de picardía de alcoba, calculadas con la máxima cautela. Pero distaban de ser literatura edificante. ¿La «virtud»?

Ignoro «todo» lo que Paul Morand explicó a sus colegas y al público en la sesión aludida. La prensa local —la parisién— sólo recoge unas cuantas frases significativas. Es bastante, por supuesto. El resto se puede imaginar sin dificultad. Puesto a elogiar la «virtud», Paul Morand no se pararía en barras. Hace cincuenta años, en el mismo trance, tal vez hubiera gastado

alguna broma de paso, un poco de ironía, una reserva reticente. Ahora no: en absoluto. En parte, por aquello de «a la vejez, viruelas». Y en parte, en más parte, porque los papeles «atrevidos» de la época de Morand han quedado tremendamente rebasados por el uso literario normal. No es imprescindible acudir al caso extremo de Henri Miller, para hacer comparaciones. Lo que entonces habría sido juzgado como «pornografía» intolerable, hoy encuentra plácidas indulgencias en la crítica, en la cátedra, en la censura. Y, claro está, los escándalos de antaño nos hacen sonreír: Pedro Mata o Felipe Trigo, Pitigrilli o Guido de Verona, y pongan ustedes los demás ejemplos. Aquello era de una ingenuidad irrisoria, en general. Las costumbres cambian... Apostaría cualquier cosa a que Paul Morand se siente ofendido por la «obscenidad» reinante. Sin ser un puritano de intención, ha de serlo de boquilla. Le molesta el haberse convertido, «malgré lui», en arqueología.

Sea como fuere, la «virtud» raramente ha obtenido la preferencia de los escritores, en el momento de escoger tema. Subrayo: en cuanto a tema. En el fondo, es decir, en el propósito y en el resultado, un porcentaje elevadísimo de la manufactura occidental, cristiana, precristiana y poscristiana, se caracteriza por reconocer y consagrar la victoria de la «virtud». Se ve en los trágicos griegos y en el descaído Aristófanes, en Shakespeare y en Balzac, en don Rafael Pérez y Pérez y en Dashiell Hammett, en Goethe y hasta en Boccaccio y en el divino Pietro Aretino. La presentación del «vicio», en la escena o en la narración, desembocaba, a la larga, en un explícito o implícito obsequio a la «virtud». Son muy raras las excepciones. La literatura suele ser agresivamente moralizante. La «moral» de

base varía, pero no demasiado. En las «historias» de amor o de codicia, de odio o de poder, siempre gana la «virtud», y si la «virtud» aparece vencida, el lector y el espectador sacan una consecuencia instructiva, de signo consolador. Desde Antígona a Justina, desde Edipo a don Juan y a Raskolnikov, desde Lisistrata a Julien Sorel, la Karenina o la Bovary, y Romeo, y la Celestina, y Pipa, y Candide, y Swan, todo es moral: un esfuerzo, no siempre voluntario, de exaltar la «moral».

Sólo que la «virtud» no se presta al trabajo del novelista o del dramaturgo. Me refiero al comportamiento «virtuoso» en su acepción más estricta. La amabilidad, más bien, surge del lado del «vicio». Y aun prescindiendo de la amabilidad, está el hecho fundamental de una novela o una comedia, un cuento o un drama, tienen como materia indefectible un «conflicto». Lo de menos es la índole del «conflicto»: lujuria, avaricia, ira, etcétera. Las Arcadias o los Paraísos Terrenales son «virtuosos», y a lo sumo producen poesía lírica. Pero la vida vulgar y corriente, la de cada día, es exactamente «conflictiva», con el «vicio» de por medio. El Mal es más «literario» que el Bien, y valgan las mayúsculas. Dicho de otro modo: el Bien solo, el Bien a secas, únicamente puede dar de sí algún poema místico: el Mal, complejo, enfrentado con el Bien o enfrentado consigo mismo, produce los «Hermanos Karamazov», la «Odisea», la «Divina Comedia», el «Quijote», «Pickwick», la «Cartuja», «Gargantúa», «Otel», los «Misterios de París», «Fausto», y lo demás. Un clérigo con buena teología podría argüir: «El pecado original». Un marxista observante diría: «La sociedad de clases». Los afiliados a Buda, a Marcuse, a Hitler, a Voltaire, al príncipe Wilhelm Reich, a Spinoza, darían otras explica-

ciones. Pero todo es uno y lo mismo: un Bien —el que sea— contra un Mal —el que sea—. El marqués de Sade precisó la paradoja con dos subtítulos insolentes: «Les prosperités du vice» y «Les malheurs de la vertu»...

El vaticinio que esconde la pregunta de Paul Morand no se ha de echar en saco roto. Al fin y al cabo, el ánimo de quienes deciden se inclina, hoy más que nunca, a la utopía, socialistas o capitalistas, tratan de persuadirse y de persuadirnos de que, por fin, la humanidad está a punto de volver a la Edad de Oro inicial, judaica o pagana. Cada cual hace lo que puede para mitigar o sofocar los «conflictos»: para disimularlos, cuando menos. Con obvia malicia, Paul Morand, al amenazarnos con la «revalorización de la virtud», cita el ejemplo soviético: una literatura de «galería salesiana» pero al revés, y, en definitiva, igual. La etapa de los «héroes positivos» fue, en Rusia, una tentativa forzada de promocionar la «virtud». El Neocapitalismo no ha llegado a tanto con la letra impresa, pero le supera con las manufacturas televisivas y con materiales similares. De hecho el Mal sigue en pie: es la única manera de «destacar» el Bien (el Bien de los unos y el de los otros, es igual). La voluntad pedagógica coincide desde ambos frentes... Morand, que todavía conserva un grano de reticencia, apunta la posibilidad de que el regreso de la «virtud» se precipite por fatiga del «vicio». Yo no lo veo tan claro. Es posible que... Bueno: si un día consiguieran abolir el pecado original o la sociedad de clases... Pero en esa hipótesis ya no habrá novelas ni dramas: no serán «necesarios»...

Joan FUSTER

NO TENGA PROBLEMAS DE LIMPIEZA
mantylim, s.a. LE OFRECE LA SOLUCION... ¡COMPRUEBELO!



ALTA Y MAXIMA PRESION DE AGUA
LIMPIEZA DE ALCANTARILLADO, ALBAÑALES, CANALIZACIONES, FILTROS, INTERCAMBIADORES DE CALOR, DEPOSITOS DE FUEL-OIL, LIMPIEZA A PISTOLA CON CHORRO DE AGUA-ARENA, DESINCORUSTACION DE MOHOS Y PINTURAS EN FACHADAS Y MONUMENTOS, etc.

Procedimientos y equipos únicos en España



ABSORCION POR ALTO VACIO
LIMPIEZA Y VACIADO DE POZOS IMBORNALES, POZOS NEGROS, POZOS CIEGOS, LODOS, LETRINAS, DEPOSITOS RESIDUALES Y RESIDUOS EN GENERAL. POR EL SISTEMA MAS RAPIDO, LIMPIO E INODOR.

Consulten sus problemas de todo tipo de limpieza a:
mantylim, s.a.
Avd. Madrid, 38 - Tel. 249 82 86 - Barcelona-14

FERRARI



Compacto-Ligero
Muy manejable
MOTOCULTORES 14 y 15 HP
Buesa
MAQUINARIA AGRICOLA
Av. José Antonio, 389
BARCELONA

WIEN LUNES PRIMER DIA

GRANDES REBAJAS POR OBRAS

En Bolsos cocodrilo y demás artículos de su fabricación

Plaza Calvo Sotelo, 3
Valencia, 243

MAÑANA, LUNES
CORREA
REGALOS DECORACION
LIQUIDACION POR RENOVACION EXISTENCIAS
En Aribau, 51 (chafalán Aragón)

Televisores 20" y 24"
LAS MEJORES MARCAS
GARANTIA 2 AÑOS
Desde 500 ptas. mes
Cambiamos su T.V. usado
Llame a los teléfonos
329.55.55 - 241.65.99
Todas horas



EL CINE FAMILIAR
OBSEQUIE CON PELICULAS
8 y Super 8
ALQUILER Y VENTA
RAMBLA, 116, entlo., 1.º Tel. 222-42-35